

07 de octubre de 2006  
Boda de Antonio y Marta

Formulario tomado del rito Hispano Mozárabe

Cuando rezamos en la liturgia el salmo 90, decimos a nuestra alma:

*Tú que habitas al amparo del Altísimo,  
que vives a la sombra del Omnipotente,  
di al Señor: «Refugio mío, alcázar mío,  
Dios mío, confío en ti.»*

*Él te libraré de la red del cazador,  
de la peste funesta.  
Te cubrirá con sus plumas,  
bajo sus alas te refugiarás:  
su brazo es escudo y armadura.*

El Espíritu Santo, que hablaba por boca de los profetas, es el que inspiró estas palabras antes de los acontecimientos por los cuales fuimos salvados, antes de la encarnación de Cristo, de su muerte y de su resurrección. Y es él mismo el que ahora que somos hijos nos sugiere estas palabras en el alma, enseñándonos a dirigirnos a Dios como conviene, como hijos suyos que somos por el Bautismo.

***“Te cubrirá con sus plumas, bajo sus alas te refugiarás”***. ¿Qué refugio es este del que habla el salmo? –El refugio de la cruz. En ella, Cristo, con los brazos extendidos acoge a los que beben de su amor. Ahora, ¿qué tiene Cristo crucificado para que nosotros lo podamos considerarlo como “refugio”, cuando no ha sido capaz de retener para sí la propia vida? A Jesús crucificado le gritan: ***“Baja de la cruz y creeremos en ti”***. Eso le gritan los que se dejan llevar por el Tentador: ***“Di que estas piedras se conviertan en pan”***, ***“Baja de la cruz y creeremos en ti”***. Pero nosotros que hemos recibido el Espíritu de Dios, nos dirigimos a nuestro señor crucificado y decimos: ***“Refugio mío, alcázar mío, Dios mío, confío en ti”***.

Pero aún no hemos contestado a la pregunta: ¿qué tiene Cristo crucificado para que lo tomemos como refugio? El último versículo dice: ***“su brazo es escudo y armadura”***. Sin embargo otras versiones dicen así: ***“su fidelidad es escudo y armadura”***.

Aquí quería llegar, a la fidelidad, que es una cualidad del amor verdadero. La fidelidad significa que no se cambia el objeto del amor, que no amo hoy a uno y mañana a otro. Significa, por lo mismo, que es un amor “inamovible”, es como una roca que uno no puede retirar y apartar del camino.

Pues bien, Cristo crucificado es “nuestro refugio”, porque él es el amor fiel, que no cambia el objeto de su amor y no es posible retirarlo del camino, ni moverlo a derecha o izquierda, sino que permanece. Jesucristo ama en la cruz con un amor definitivo. Y allí el objeto de su amor, cada hombre, es amado para siempre. Y no hay posibilidad de que deje de ser amado. Ni los pecados de los hombres han podido retirar de su corazón el rostro de cada hombre. Ni la misma muerte ha sido capaz de retirar del camino del hombre al crucificado. Creyó la muerte que podía devorarlo como había hecho con cada hombre desde Adán, pero al tercer día el que fue sepultado resucitó y vive, vive ahora. Está vivo. Por eso la cruz permanece, permanece Cristo crucificado

amando. Por eso mandó él que celebrásemos la Eucaristía: ***“Haced esto en memoria mía”***. Y por eso, al repetirse las palabras y los gestos de la Eucaristía, no hacemos una representación piadosa, sino que es él quien sigue entregándose y ofreciéndose por nosotros.

La Eucaristía, que se celebra en cada rincón del mundo, cada día, es el signo de que Cristo permanece en la cruz amando con fidelidad a cada hombre. Y este es nuestro refugio.

Por otra parte sólo un amor así puede ser refugio para el corazón humano. No podemos conformarnos con un amor más pequeño, porque desde el principio fuimos plasmados para este amor que ni la muerte es capaz de apartar de nuestro camino. Recordad las palabras tan repetidas de san Agustín: ***“Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que no descanse en tí”***. Nuestra alma solo puede descansar en un amor inamovible, permanente y definitivo. Y este es el de Cristo elevado en la cruz.

También vuestro amor ha de buscar refugio a la sombra de la cruz, en la Eucaristía, y beber y alimentarse del costado abierto de Cristo. La liturgia de hoy nos enseña esto cuando nos hace derramar agua bendita sobre los esposos a la puerta de la Iglesia. Nos recuerda el Bautismo, es decir, la aguas en las que hemos muerto con Cristo a la antigua vida y renacemos a la vida nueva. El bautismo está asociado, por tanto, a la cruz de Cristo. En esa cruz encontramos el refugio, el amor fiel, inamovible que todos necesitamos para vivir. Y fuera de él no hay otro.

A la sombra de la cruz celebramos, pues, vuestro matrimonio, el sacramento del matrimonio. Es allí donde Cristo libremente nos amó y nos ama. Es allí donde se entrega. Y es allí donde acoge el amor de los que por la fe se acogen a él. En la cruz él nos enseña a amar.

A su sombra y a semejanza suya ahora os disponéis vosotros a celebrar el sacramento del matrimonio. Veréis por qué digo esto.

En el escrutinio que hace el sacerdote para asegurarse de que se dan las condiciones necesarias para que se realice el sacramento, pregunta en primer lugar sobre la libertad de vuestro acto; como Cristo, que libremente se entregó a la cruz. La segunda pregunta se refiere a la fidelidad, si estáis dispuestos a que este acto sea definitivo. La tercera pregunta hace referencia a la disposición que debéis tener para cumplir los deberes conyugales y familiares, es decir el haceros felices el uno al otro y el ser fecundos en los hijos, no sólo engendrándolos o pariéndolos, sino enseñándoles el camino de la vida eterna. Decidme si sobre estas disposiciones previas y necesarias no planea la sombra de la cruz: la libertad con que Cristo se entrega (***“Nadie me quita la vida, yo la entrego voluntariamente”***); la fidelidad, de la que ya hemos hablado; y la fecundidad, porque del corazón traspasado de Cristo y de su costado abierto ha nacido la Iglesia, como Eva de Adán.

Pero hay más. Después del escrutinio, diré yo como ministro de Cristo: “contraed matrimonio”. Es decir: “haced vuestro matrimonio”. Y es entonces cuando con las respuestas que daréis a mis preguntas se llevará a cabo este sacramento. Y esas tres preguntas, hechas primero a la novia, luego al novio, se resumen en “¿Quieres a...?, ¿Te entregas a...? ¿Acoges a...? Y en este acto el amor, que se acoge y se da, imitáis a Cristo crucificado, que en la cruz realiza el acto supremo de amor (***“Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”***); que en la cruz se entrega (***“Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo”***) y que en la cruz

acoge el amor del que se acerca a él por la fe (*“Acuérdate de mí, le dice el buen ladrón crucificado a su derecha- cuando vengas con tu Reino” ... “Hoy estarás conmigo en el paraíso”*).

Ahora bien, la cruz de Cristo es el final de un proceso que empieza con la Encarnación. Un proceso que dura más de 30 años. La tradición nos habla de los 33 años con los que muere Jesús. ¿Qué proceso es ese del que hablo? –El del amor, a Dios y al hombre. La segunda lectura, que providencialmente es la segunda lectura del Domingo en que celebramos este sacramento de vuestro matrimonio, dice: *“Dios juzgó conveniente perfeccionar y consagrar con sufrimientos al guía de su salvación”*. Habla de Cristo. Es Cristo, el Hijo de Dios, hijo eterno, Dios de Dios, luz de luz, del que dice que Dios Padre quiso perfeccionarlo y consagrarlo, con aquellos sufrimientos. Unos capítulos más adelante, dirá la misma carta a los Hebreos que Cristo *“aprendió sufriendo a obedecer y así, llegado a la perfección, se ha convertido en causa de salvación eterna para cuantos creen en él”*.

No podemos detenernos mucho en explicar todo lo que estas palabras encierran, baste decir que la vida de Cristo, no fue vivida sólo para dejarnos un ejemplo de buena conducta, sino que fue realmente un proceso humano en que llevó a la perfección la humanidad que había tomado de la Virgen María. ¿Y como llevó a la perfección esta humanidad? -que es lo que quiero que retengáis en el alma-? –Por un camino que le llevó hasta la perfección del amor humano. Esa perfección es la Cruz. Ella es el amor humano llevado a la perfección del amor divino propio del Hijo Único. Y, porque este camino de progreso humano en la única persona del Verbo es real, dice con propiedad san Juan: “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”.

Pues bien, vosotros comenzáis hoy, de alguna manera, este camino. Hoy es el principio, no el fin. Y habéis de caminar hacia la perfección del amor, siguiendo las huellas de Cristo, las que le llevan al amor perfecto de la cruz. Caminad juntos este camino, aprendiendo de la cruz del Señor, para poder celebrar la victoria de vuestro amor sobre la muerte y el pecado en el cielo. Vuestra propia debilidad, los sufrimientos propios de esta vida y las asechanzas del diablo os darán la oportunidad para luchar, para vencer y para hacer cada vez más perfecto vuestro amor. No os retiréis de este camino de la cruz que lleva al cielo.

Allí, en el cielo, si somos fieles, si hemos permitido que Dios consagre nuestro amor con el fuego de la pasión de su Hijo, haremos una celebración mejor que esta.

Amén.